

**FRANCISCO P. MORENO**

## **Perito en patria**

*Por Claudio Bertonatti*

Naturalista y figura excepcional de nuestra historia. Nos legó el primer parque nacional y el museo de ciencias naturales de La Plata. Aventurero, visionario, pionero, explorador, héroe civil, patriota...

Un jovencito emocionado observa un inusual desfile militar. Su corazón redobla como los tambores de aquel Batallón 6° de Línea que retorna diezmado de la Guerra del Paraguay. Ese muchacho, apodado “Pancho”, recordará años más tarde: “aquella asta de lo que fue bandera, de la que sólo quedaban hilachas, qué gran impresión causó en mi espíritu”. Seguramente, este episodio desencadenará en él actos para apuntalar una patria en formación.

Francisco Pascasio Moreno nació el 31 de mayo de 1852, a pocas cuadras de donde está hoy la sede central de Vida Silvestre. Ese año, la batalla de Caseros puso fin al gobierno de Rosas. De pequeño, invertía su tiempo buscando huesos y fósiles en un Palermo semisalvaje y en la costa del Río de la Plata. A los 12 años, ya tenía una colección importante. Y, aunque como estudiante, estuvo lejos de la medalla de oro, el autodidacta supo estudiarlos y clasificarlos. Llevó un armadillo fósil desconocido a manos de la figura científica más relevante de entonces: el Dr. Germán Burmeister, Director del Museo de Ciencias Naturales. Tras corroborar el hallazgo lo bautizó (*Dasypus moreni*) en honor a ese prometedor investigador de 15 años. Y él no se equivocó, porque, con 20 años y museo propio, sería uno de los fundadores de la Sociedad Científica Argentina, actualmente, “en pie”.

Alertado sobre la inminente disputa de territorios con Chile, emprendió una serie de viajes, a partir de 1873. Era una Patagonia con fronteras difusas, sin caminos ni huellas. La explora, reconoce y mapea. Al remontar el río Santa Cruz, por ejemplo, descubre y bautiza el Lago Argentino. También, otro al que le dedica esta oración: “Llamémosle Lago San Martín, pues sus aguas bañan la maciza Cordillera de los Andes, único pedestal digno de soportar la figura heroica del guerrero”. Traza los primeros mapas de esas regiones y descubre valiosos yacimientos arqueológicos y paleontológicos. Sus observaciones sobre la red hidrográfica del Chubut le permitieron elaborar una posición en aquella controversia limítrofe.

Veinte años más tarde, el Gobierno Nacional le ofrece el cargo de perito en la cuestión de límites. Se traslada a Chile y acuerda con Barros Arana la colocación de hitos. En 1899 viaja a Londres y defiende la posición Argentina de las altas cumbres, divisorias de aguas, que será la posición finalmente aceptada. El país logra retener 1.800 leguas cuadradas de tierras y evita un potencial conflicto. Sir Thomas Holdich, jefe de la comisión inglesa, lo

reconocerá: “muchas veces he dicho que todo lo que el Gobierno Argentino obtuvo al oeste de la división de aguas se debe exclusivamente a usted”. En gratitud por sus servicios, se le entrega –por Ley 4.192- veinticinco leguas cuadradas de tierras fiscales a elegir “en el Territorio del Neuquén o al Sur del Río Negro”, ya que en 22 años de viajes y sacrificios no había recibido retribución alguna. Pero ese mismo año, Moreno decide donar 7.500 hectáreas de aquel paraíso para la concreción de un parque nacional; el primero de la Argentina y el tercero de América. Lo hace con este anhelo: “Al hacer esta donación emito el deseo de que la fisonomía actual del perímetro que abarca no sea alterada y que no se hagan más obras que aquellas que faciliten comodidades para la vida del visitante culto, cuya presencia en esos lugares será siempre beneficiosa a las regiones incorporadas definitivamente a nuestra soberanía y cuyo rápido y meditado aprovechamiento debe contribuir tanto a la buena orientación de los destinos de la nacionalidad argentina.” Esta carta está fechada el 6 de noviembre de 1903. Por ello, celebramos en esa fecha el Día de los Parques Nacionales.

En aquellas travesías, Moreno supo del drama de “nuestros paisanos, los indios”. Trató de humanizar las relaciones con los *huincas* (blancos), exigiendo tierras y escuelas para ellos, a la vez que protestaba contra los métodos para “civilizarlos”. Los estimó y comprendió como nadie en su época: “Ninguno de los jefes calefú ha teñido sus manos en sangre de cautivo indefenso. Si pelearon y cayeron, fue defendiendo su suelo. Saihueque en 1880 fue un leal enemigo, y juzgó al indio puro con su criterio. Defendía su patria. Era dueño de su tierra por derecho divino”. Por eso, Moreno “jamás derramó sangre humana y conquistó con su saber extensiones de tierra superiores a las conquistadas por guerreros”. Es más, cuando aquellos indios que él había conocido fueron hechos prisioneros, hizo lo que pudo por consolarlos y liberarlos. Incluso, por los que lo habían apresado a él en Calefú.

En otro orden cosas, sus esfuerzos científicos le habían dado satisfacciones: la Universidad Nacional de Córdoba lo nombró “*Doctor Honoris Causa*” y la Sociedad Geográfica de Francia su medalla de oro. Entre una cosa y la otra, donó su colección de 15.000 piezas arqueológicas, antropológicas y paleontológicas a la provincia de Buenos Aires, para fundar un Museo Antropológico y Etnográfico. Con la fundación de la Ciudad de La Plata, el gobierno impulsó su construcción con el nombre de Museo de Historia Natural de La Plata. Se inauguró en 1885 y Sarmiento pronunció el discurso de apertura. Por haber sido el impulsor, con sus donaciones (que incluyeron 2.000 libros de su biblioteca) y por el reconocimiento general a su persona, fue nombrado Director vitalicio del Museo. Moreno mismo dirigió su construcción, el montaje de las salas, la dotación con científicos de renombre y la publicación de artículos científicos en los *Anales* y la *Revista del Museo de La Plata*. Todo esto hizo del Museo una de las instituciones científicas más importantes del país.

Moreno decía que “es sabido que donde el trabajo y la escuela reinan la cárcel se cierra” y que “un niño con la barriga vacía no puede aprender a escribir la palabra pan”. Y del dicho, pasaba al hecho. Palpando las necesidades de los chicos del barrio de Parque de los Patricios, creó los comedores escolares, donde diariamente se distribuía entre 150 y 200 platos de sopa costeados de su bolsillo. Para hacer frente a estos gastos vendió las tierras que le quedaban del sur. Y cuando sus fondos tocaban fondo, entusiasmó a una filántropa, Doña Victoria Aguirre, para mostrarle las carencias de los barrios “de la Quema” y “de las

Ranas”. Así, hizo parir las Escuelas Patrias del Patronato de la Infancia, el Refugio de la Calle Arenas y las Cantinas Maternales, para asistir a los más necesitados.

Creó la Institución Nacional del Scoutismo Argentino, siguiendo a Baden Powell. Para el Centenario de la Revolución de Mayo, fue elegido Diputado nacional y en 1912 realizó su último viaje al sur, acompañando a Theodore Roosevelt, impulsor de los parques nacionales norteamericanos. En 1914 fue elegido Vicepresidente del Consejo Nacional de Educación.

Pese a todo lo que le debemos -hallazgos científicos, el museo de La Plata, la Sociedad Científica Argentina, el reconocimiento de nuestro territorio, el primer parque nacional, el monumento del Cerro de la Gloria, el Scoutismo Argentino, las “copas de leche” escolares, las Escuelas Patrias y las Cantinas Maternales, entre otras cosas-, no le faltan detractores en esta Argentina de ciudadanos olvidadizos, resentidos, confundidos o ingratos. Seguramente, no fue un hombre perfecto, pero... ¿cuántos de los detractores de turno cuentan en su haber con tan sólo uno de estos logros? La Argentina sigue siendo un país misterioso. Lejos de buscar la forma de estimular estos ejemplos de vida, no faltan los que ponen más empeño en “dilucidar” si San Martín era o no hijo legítimo, o en calumniar a Moreno, falseando hasta sus actos humanitarios. Pero, por sobre la miseria y los miserables, emerge una obra tangible, perdurable, en beneficio hasta de ellos.

En la mesa de trabajo de “El Perito” había un papel que decía: “¡Cuánto quisiera hacer, cuánto hay que hacer por la patria! Pero ¿cómo, cómo? ¡Tengo sesenta y seis años y ni un centavo! ¿Cuánto valen los centavos en estos casos...? ¡Yo que he dado mil ochocientas leguas a mi patria y el Parque Nacional, donde los hombres de mañana, reposando, adquieran nuevas fuerzas para servirla, no dejo a mis hijos un metro de tierra donde sepultar mis cenizas!”.

Moreno murió el 22 de noviembre de 1919. Sobre su pecho llevaba un relicario con la bandera del Ejército de los Andes. Por desavenencias circunstanciales con el gobierno, no hubo representación oficial en el funeral ni en los homenajes, hasta que llegaron telegramas de condolencias desde otros países. Desde 1944, sus restos descansan en la isla Centinela, que emerge en el Nahuel Huapi que tantas veces lo vio. Cada tanto, la sirena de una embarcación que pasa cerca saluda al patriota. Su nieto, Francisco Pascasio Clemente Moreno frecuentaba las oficinas de Vida Silvestre. “Pancho” recordaba las palabras con las que “Abuelo” brindaba cada fin de año en su casa: “¡Por más parques, y no menos!”. A cien años de su mayor legado, brindemos por el mismo anhelo.

NOTA: este artículo fue publicado en la Revista Vida Silvestre N° 86 (2003, Buenos Aires) de la Fundación Vida Silvestre Argentina.